

LA INCULTURACION

Y LA IGLESIA LOCAL

Casimiro GNANADICKAM



Tomado de Lumen Vitae, vol. 39, 1984, n. 3.

La inculturación ha sido presentada como la encarnación del Evangelio en un contexto cultural particular, a fin de que la experiencia del Evangelio transforme la sociedad y suscite una cultura que sea como una "nueva orientación", un enriquecimiento para la Iglesia local y universal. Esta descripción propuesta por el Padre Arrupe (1) tiene serias implicaciones para nuestro trabajo de evangelización. Para evitar que palabras como encarnación, Evangelio, transformar, experiencia...se vuelvan ambiguas o puramente retóricas, hay que examinarlas en profundidad.

Para empezar tomemos la palabra "Evangelio" que significa, como sabemos, "Buena Nueva". Es una **buena nueva** anunciada por personas concretas, en una lengua concreta. Lo que significa que esta **buena nueva** nos llega revestida con un vestido cultural particular: la predicación de Jesús y de los apóstoles llegó por medio de la cultura judía. Los humanos no tenemos otra forma de comunicarnos. Cuanto más alejados estamos de aquel primero que proclamó la **buena nueva**, tanto más requieren nuestra atención la comprensión y la transmisión del mensaje. Esta transmisión está afectada, no sólo por la distancia en el tiempo y el espacio, sino también por la cultura del mensajero, su mentalidad, sus actitudes, sus simpatías o sus prejuicios. Si la Fe contribuye a dar forma a la historia y la cultura, es igualmente verdad que la historia y la cultura pueden modelar la Fe de los pueblos. Esto significa la grave

responsabilidad del que lleva el Evangelio a un pueblo que todavía no lo ha escuchado. El evangelizador debe comunicar los valores del Evangelio, así como los valores que contiene, y no su propia cultura; debe cuidar de que su propia cultura no altere el mensaje. Se dice que anunciar el Evangelio es "sembrar la Palabra" en una tierra cultural; lo mejor es hacerlo de tal manera que el conocimiento de Jesús y los valores que El ha proclamado puedan echar raíces y crecer en la conciencia de los pueblos; lo peor es imponer una expresión cultural de este mensaje en lugar de otro.

Tomemos el **caso concreto del trabajo de evangelización en India**. Según una tradición venerable, el apóstol Santo Tomás llevó el cristianismo a India. La floreciente comunidad que fundó en Kerala está entre las más inculturadas del país. El hecho de que el evangelizador estaba cercano a Jesús y a su época, ha debido favorecer la comunicación del mensaje en su expresión más auténtica. No ocurrió lo mismo en el gran movimiento misionero lanzado por los portugueses en el siglo XV. Sin desestimar el celo y la santidad de los mensajeros del Evangelio, se puede decir que estos misioneros impusieron, en nombre de la evangelización, un modelo de vida y cultura, que vino a reemplazar una cultura por otra.

Al llegar a Goa un siglo más tarde, Roberto de Nobili vio pronto esta anomalía; trabajando entre los cristianos del país tamul, buscó el corregirla por el método de la "adaptación". Esta consistía, por una parte, en presentar el mensaje cristiano despojado de su vestido cultural occidental, y por otra parte, en permitir a los cristianos el conservar en su vida social, todo lo que era puramente cultural. Evidentemente que partía del presupuesto de que lo cultural y lo religioso podían distinguirse fácilmente, lo que muchos ponen hoy en duda en el caso de la sociedad hindú... En todo caso, Roberto de Nobili abrió un camino que inspiró a millares de misioneros en la historia de la evangelización y hasta nuestros días.

Siguieron otras tentativas, cada vez un poco más audaces, un poco más cercanas del objetivo propuesto en la descripción de la inculturación. Los trabajos de Brahmabandhab Upadhyay en Bengala, de los Padres Johanns y Dandoy, y más tarde de R. Panikkar, añadieron una dimensión intelectual proporcionando una base filosófica y teológica a las iniciativas pastorales

de inculturación. Las obras de Johannis **Hacia Cristo por el Vedanta** y de Panikkar **Cristo y el hinduismo: una presencia escondida** representan dos etapas importantes de esta reflexión teológica sobre la realidad religiosa india. Prepararon el camino a la experiencia de vida monástica india, descrita por el Padre Monchanin de **Ermitaños de Saccidânanda** y continuada por Swâmi Abhishiktânanda y Dom Bede Griffithsh, así como en numerosos centros de diálogo hindú-cristiano.

En el presente, el tiempo ya está maduro para nuevas iniciativas de inculturación en el campo de los estudios teológicos, en pastoral, en liturgia y en las formas de vida religiosa. Ya no se trata de esfuerzos de no indios valientes pero aislados; sino más bien de experiencias locales enteras, bajo el impulso del Vaticano II.

Dificultades:

"Por sus frutos los conocerán": regla de oro del trabajo pastoral. ¿Los esfuerzos descritos arriba han producido una cultura que pueda llamarse una "creación nueva"? A juzgar por la actitud de los hindúes, que constituyen el 85% de la población de India, habría que reconocer que han cambiado pocas cosas. La mayor parte de los hindúes consideran todavía al cristianismo como una religión extranjera y a los cristianos como culturalmente alienados.

Las razones de tal actitud son complejas y variadas. Se explican por la situación concreta de la Iglesia en India y pueden ser agrupadas en tres títulos: **Dificultades en el plano de la organización de la Iglesia, de la reflexión teológica y de la experiencia cristiana.** Tomemos cada uno de estos tres puntos.

Organización de la Iglesia:

Aunque el cristianismo llegó a India desde el primer siglo, no fue sino hasta el siglo XVI cuando hubo una organización a gran escala que llevó a lo que se ha llamado "implantación de la Iglesia", y la jerarquía se estableció sólo hace poco más de un siglo. Inculturadas en grados variables, las Iglesias locales extendidas sobre el territorio indio, todas presentan el aspecto de Iglesias muy dependientes de Roma y del Occidente en su misión, su doctrina y el sostén financiero. Muy poco

se comprometieron en la lucha de la nación por su independencia política. Hasta recientemente, las instituciones de educación patrocinadas por la Iglesia transportaban una cultura y valores que tenían poco en común con los de las masas; estas instituciones formaban una selección que se sentía cómoda con el lenguaje y la forma de vida de Occidente o de las clases ricas, más que en India de los hindúes y de los pobres. La Iglesia presentaba el aspecto de una institución de caridad donando conocimiento o curación, sin comprometerse en las luchas políticas y sociales de la población. Se admiraba a la Iglesia por su entrega y su poder; pero no se la consideraba como parte de la vida nacional, excepto, tal vez, en Kerala. Incluso los servicios que la Iglesia ofrecía generosamente a la población de India, sin distinción de castas y creencias, no era a los ojos de los hindúes más que una táctica para llevarlos a hacerse cristianos. Tal situación se explica en parte por el deseo de la jerarquía de aumentar las estadísticas de pertenecientes a la Iglesia, así como por las necesidades de una organización más preocupada por la eficacia y el control que por la encarnación del mensaje y de la misión, con todo lo que esto implica en las condiciones concretas de India.

Reflexión teológica:

Apenas hay duda de que en la historia de la Iglesia algunas perspectivas y métodos misioneros han sido influidos por concepciones teológicas desfavorables a la inculturación. Se recurrió a ciertos tipos de soteriología y eclesiología para justificar actitudes de superioridad de los que tenían cultura occidental, o para tolerar estructuras sociales poco cristianas y prácticas tales como el colonialismo, la esclavitud, las guerras. Tales teologías produjeron expresiones como "fuera de la Iglesia no hay salvación" y "no hay verdad fuera del cristianismo". Estas interpretaciones con justo título fueron corregidas por el Vaticano II; pero tales actitudes estuvieron entre los peores enemigos de la inculturación.

Por ello es necesario valorar ciertos aspectos de la teología susceptibles de servir de base a nuestros esfuerzos y de guiarnos con seguridad en el camino de la inculturación. Ante todo es importante tener una teología del **plan divino de la salvación** y comprender con más penetración la revelación de este plan

del hombre, el carácter único de la mediación de Cristo y el papel de la Iglesia en este plan de salvación. En otras palabras, se trata de comprender lo que significan las antiguas religiones, en particular el hinduismo con su rica experiencia religiosa, y ver qué relación tiene con la revelación de Dios en Cristo.

A los teólogos indios les gustaría reflexionar más sobre la idea de una alianza establecida por Dios con el hombre, a la que los Padres griegos llamaron "alianza cósmica", que precedió a la que concluyó con Moisés y finalmente a la nueva alianza sellada en Cristo-Jesús. Se trata de saber, en este contexto, si podemos describir a las religiones no cristianas como iniciativas puramente naturales, válidas pero imperfectas, como "brazos tendidos hacia el cielo" **Evangelii Nuntiandi**, 53, o si no habría que describirlas más bien como auténticas iniciativas divinas, tal como lo hicieron los obispos de Asia en una reciente declaración. (2).

El Concilio Vaticano II nos ha ayudado a comprender más claramente la naturaleza de la Iglesia y su papel de levadura en el mundo. La Iglesia es sacramento del Reino de Dios; esto es mejor que el decir que se identifica con este Reino o que agota este sentido. Necesitamos comprender mejor lo que significan las actuaciones de Dios con los que se encuentran fuera del pueblo de Israel y de la Iglesia. Incluso la expresión "Pueblo de Dios", de la que se sirve el Concilio para designar a la Iglesia en una perspectiva particular, fácilmente podría convertirse en obstáculo si se le da un sentido exclusivo. El mundo entero es la viña de Dios: habría engaño si se considerase a una parte cualquiera como excluida de su santidad. Es Dios quien, desde la aurora de la creación, envió obreros a su viña, sembró las "semillas del Verbo" a todo lo largo de la historia y, cuando llegó la hora, envió a su Hijo único para podar, proteger y hacer dar frutos abundantes.

En este esfuerzo de reflexión teológica habría que recordar que el hindú está menos preocupado de la verdad que de la salvación. En la búsqueda de esta salvación, los caminos de acción desinteresada y de piadosa devoción revisten a sus ojos tanta importancia como el del conocimiento. La fe como cuerpo de doctrina y la jerarquía como guardiana y maestra de estas verdades necesitan sobremanera completarse por el amor y la co-

munión, sin los que no hay acto de Fe.

Experiencia del Evangelio:

Este es el paso más importante y más difícil, y también el más descuidado, en el proceso de inculturación. Es el más importante porque representa el papel activo que deben jugar al recibir la Palabra los que la escuchan; la intensidad de esta actividad de quien recibe el Evangelio será lo que determina en qué medida la Iglesia será inculturada.

En el sínodo de obispos de 1974, Mons. Zoa, del Camerún, describió las tres etapas que constituyen la evangelización: 1) transmisión del mensaje: el portador de la "buena nueva" desempeña el papel activo; 2) asimilación del mensaje por los oyentes; 3) reformulación del mensaje o expresión renovada en la vida y cultura del oyente.

Las dos últimas etapas revisten, evidentemente, una gran importancia para la inculturación y suponen, tanto en el plano individual como comunitario, una profunda experiencia personal del Evangelio y de su autor Jesucristo. Requieren condiciones exteriores y actitudes interiores que pueden afectar en profundidad la eficacia del proceso de inculturación. Entre las condiciones exteriores, es importante tener la libertad de volver a vivir la experiencia de los primeros discípulos de Cristo. Se piensa a menudo que la libertad que reivindican las Iglesias locales de Asia y Africa de hacer su experiencia del Evangelio siguiendo nuevos caminos no es más que una necesidad de urgencia ligada al crecimiento de una Iglesia adolescente. Pero es mucho más que esto: es el clima indispensable para el crecimiento de la semilla evangélica, por oposición a la ausencia de libertad que ponía trabas al crecimiento en el período colonial. Nadie puede hacer esta experiencia de una "creación nueva" por las Iglesias locales. Los modelos de vida cristiana elaborados en otros lugares no pueden ser otra cosa que modelos; no pueden sustituir a la experiencia de las Iglesias locales. Por su parte, la Iglesia local no puede abdicar de esta responsabilidad, cualesquiera que sean las dificultades o los sufrimientos. Esto forma parte del aspecto dinámico de la inculturación.

En este contexto, ciertas expresiones de documentos pontificios recientes podrían prestarse a malentendidos. Juan Pablo

El ha hablado con frecuencia del "encuentro entre la Iglesia y las culturas" y del "fosó que se amplía entre la Iglesia y las culturas". Remito a la alocución pronunciada en presencia de los miembros del Consejo Pontificio para la Cultura el 19 de enero de 1983. Aunque el Papa habla de la influencia transformadora de la Iglesia que debe penetrar y trabajar las culturas, subsiste cierto malestar debido al hecho de que se considera a menudo a la Iglesia como una entidad cultural distinta de los grupos culturales del mundo y como si debiera entrar en diálogo con ellos. ¿No titulaba l'Osservatore Romano el informe de esta alocución: "La Iglesia creadora de cultura en su relación con el mundo moderno"?

Lo que quiero subrayar es que la Iglesia no llega a un país llevando una cultura, y que no posee modelos acabados de culturas cristianas. Son los cristianos de un país dado los que siendo parte integrante de esta cultura buscan el transformarla por su testimonio y su anuncio del Evangelio. El encuentro del Evangelio y la cultura debe tener lugar en primer lugar en el corazón del cristiano, y a continuación entre los cristianos y los que han sido tocados por el Evangelio.

Este fenómeno de encuentro nos lleva así a considerar las actitudes interiores requeridas por el evangelizador y el evangelizado: en el primero, una disposición para aprender, caracterizada por la humildad y el respeto de las personas y la cultura que va a encontrar; en el oyente, la humildad necesaria para recibir la Palabra, no como justo sino como pecador, no como hombre sano sino como alguien necesitado de curación y crecimiento. Uno y otro forman parte del misterio de purificación y encarnación, de muerte y resurrección.

La inculturación será el fruto de este diálogo, cuando se entra con un profundo respeto por el otro, con una gran sinceridad, tanto como de comunicar la experiencia de salvación de Dios que se obra en nosotros. Una experiencia semejante a la del P. Monchanin cuando escribió: "En India, lo mismo que en todo el Extremo Oriente, las preparaciones evangélicas continúan y se prolongan indefinidamente; el largo misterio de su **Adviento** no se ha abierto todavía en una Navidad ni en una Epifanía" (3).

Transformación de la sociedad:

La inculturación debe ser dinámica; ya hemos visto lo que esto significa para la participación del individuo en el proceso de inculturación. Este carácter dinámico debe manifestarse igualmente en la transformación de la sociedad. La inculturación no debe fundarse solamente sobre elementos del pasado, sino sobre las necesidades actuales. La tierra en la que debe crecer la semilla no es un terreno arqueológico. Es el suelo de hoy, trabajado y transformado por la gente de hoy en marcha con sus fuerzas y debilidades, sus valores y aspiraciones, hacia un porvenir trabajado por la revolución científica y tecnológica contemporánea.

La credibilidad del mensaje evangélico se juzgará por la capacidad, no sólo de conformarse a un cuerpo de verdades, sino de realizar hoy la salvación prometida: la transformación del hombre y de la sociedad en una "creación nueva", más fraterna y más capaz de amar.

En este punto es donde es capital la experiencia de la comunidad cristiana. Con demasiada frecuencia se ha identificado el proceso de inculturación con la introducción de algunos elementos litúrgicos y rituales, propuestos por sabios o intelectuales y retomados a su vez por teólogos o expertos. Esto no tiene gran cosa que ver con la existencia cotidiana del pueblo cristiano, que debe vivir el mensaje en un contexto cultural dado. Raramente estas iniciativas vienen del pueblo. Por el contrario, incluso han sido sentidas por una parte de los cristianos como una violencia del mensaje, y han provocado a veces graves divisiones en el seno de la comunidad cristiana. Estas reacciones y otras parecidas muestran que los cristianos no han sido implicados de manera activa en este proceso de inculturación: no se trata sólo de asimilar el mensaje; se trata de discernir, en la cultura pasada y presente, los elementos que pueden expresar mejor su "nueva" experiencia, y orientar poco a poco la formación de una nueva cultura.

La situación que se acaba de describir muestra que los pastores y las autoridades religiosas tienen una grave responsabilidad: deben implicar a los cristianos de **manera activa** en la inculturación de la Fe. Deben escuchar y animar al pueblo cristiano a asimilar el mensaje; deben provocarle para que exprese este mensaje en toda su existencia: oración, liturgia,

arte, vida de familia y vida pública. El deber de los pastores es echar la semilla, regar, escardar y permitir el crecimiento en un clima de libertad y confianza mutua. Sólo entonces la inculturación dará paso a una "creación nueva".

Ete proceso no estará exento de errores, fracasos y sufrimientos: es parte de toda experiencia humana. Una fidelidad perseverante a los clamores del hombre y a la llamada de Dios asegurará el florecimiento de una cultura impregnada del mensaje del Evangelio. La "creación nueva" que esperamos no es producto del evangelizador ni del evangelizado. Es obra del Señor que vela sobre lo que germina y crece durante el sueño del hombre (Mc 4, 27) y que "colma a su amado que duerme" (Sal 127).

-
- (1) Carta del P. Arrupe a la Compañía de Jesús, acompañada de un documento de trabajo sobre la inculturación. (14 de mayo 1978).
- (2) Declaración de la reunión de obispos de Asia (F.A.B.C.), 1974, nn. 14, 15 y 17.
- (3) J. MONCHANIN, *Ermitees du Saccidânanda*, p. 35.

